

# EL ABRAZO DE LA NUBE NEGRA

## THE EMBRACE OF THE DARK CLOUD

### GONZALO VALIENTE ORIOL

Académico, Faculty of Design, Architecture and Building, University of Technology Sydney, Sydney, Australia

### JORGE VALIENTE ORIOL

Académico, Faculty of Design, Architecture and Building, University of Technology Sydney, Sydney, Australia

### AMAIA SÁNCHEZ VELASCO

Académica, Faculty of Design, Architecture and Building, University of Technology Sydney, Sydney, Australia

### MIGUEL RODRÍGUEZ-CASELLAS

Académico, Faculty of Design, Architecture and Building, University of Technology Sydney, Sydney, Australia

#### Palabras clave

Coexistencia  
Ne(cr)oliberalismo  
Incendios  
Protestas  
Ensayo

#### Keywords

Coexistence  
Ne(cr)oliberalism  
Fires  
Protests  
Essay

A partir de una nube de humo que las unió a inicios de 2020, este ensayo escarba en las similitudes históricas entre dos ciudades puerto del Pacífico: Sídney y Valparaíso. Analizando los puntos en común y las divergencias entre el neoliberalismo australiano y chileno, el colapso de este modelo se evidencia en el humo de los incendios o las barricadas, lo que podría dar pie a nuevas formas de coexistencia posliberal.

#### Acto 1: Preludio

El 7 de enero de 2020, una nube negra se presenta sin invitación a seis mil metros sobre la franja central chilena. La formación atmosférica no es un fenómeno explicable desde la meteorología común. Se trata de una columna de humo emitida por los trágicos incendios que asolaron la costa oriental australiana durante el estío 2019-20 y que conectó sin interrupción los más de 11.000 km que distancian ambos extremos del océano Pacífico<sup>1</sup>. Con el paso lúgubre de un coro griego, la estirada formación se aferró al empuje de los vientos oceánicos para establecer un dramático diálogo entre dos ciudades asediadas por ejércitos de humo asesino y cuya desastrosa conexión nos permite jugar a desguazar los imaginarios de valor, deseo y pertinencia que el sentido común neoliberal se empeña en enrocar dentro de un contexto de lo inevitable.

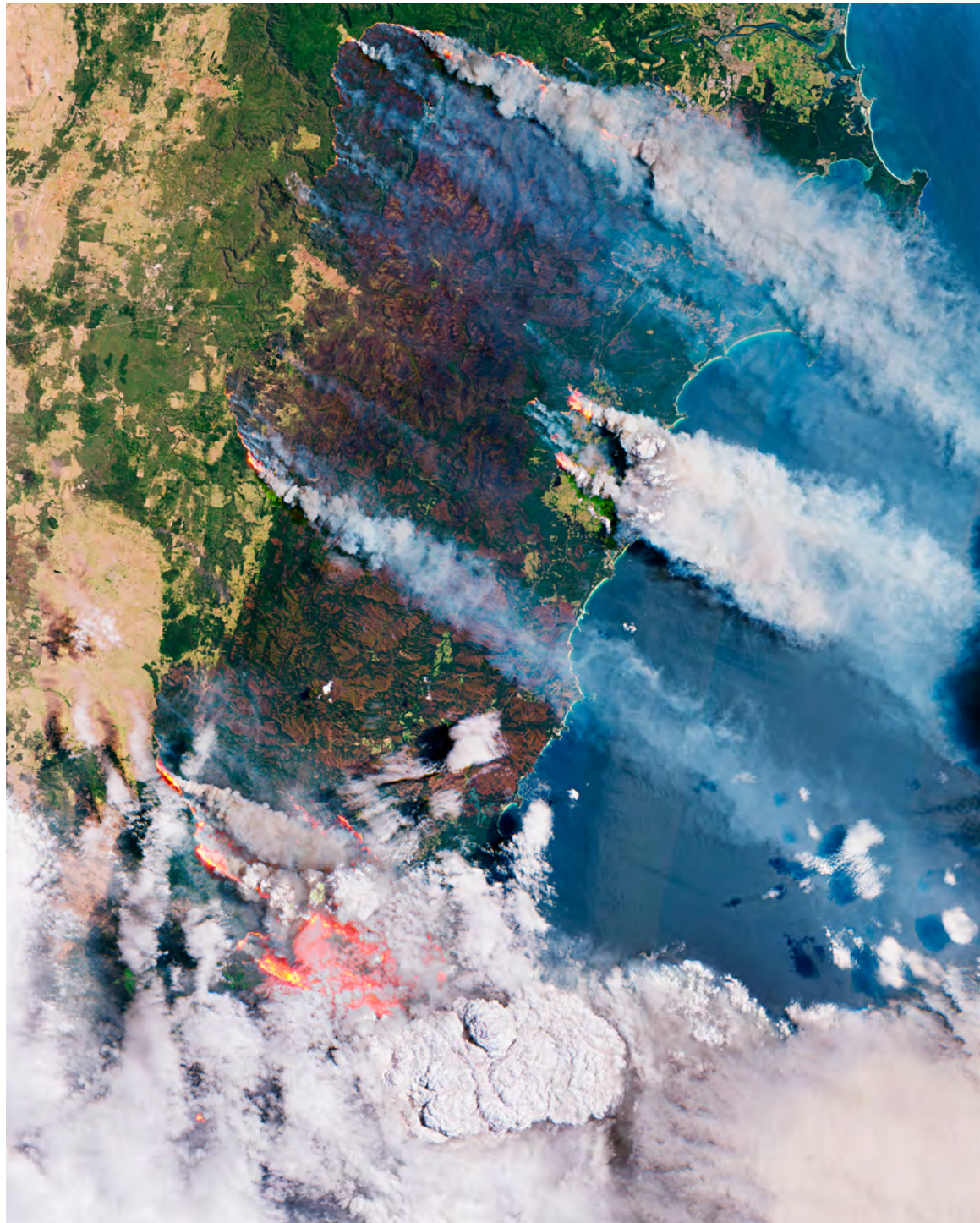
Conectadas por el peregrinaje del humo forestal, Sídney (Australia) y Valparaíso (Chile) son dos ciudades de memoria portuaria y poso colonial abrazadas por el océano Pacífico. Siendo ambas figuras centrales de extensas regiones metropolitanas, sus huesos, entrañas y pieles cristalizan legados asimétricos de las dinámicas – a veces enriquecedoras y más comúnmente demoledoras – de la globalización. Fundada como colonia penitenciaria sobre los terrenos arrebatados a los pueblos gadigal, Sídney lleva

Starting from a cloud of smoke that connected two distant cities at the beginning of 2020, this essay explores the historical similarities between these two Pacific ports – Sydney and Valparaíso. Analyzing the commonalities and divergences between Australian and Chilean neoliberalism, the collapse of this model is evidenced in the smoke from fires or barricades that could give rise to new forms of post-liberal coexistence.

#### Act 1: Prelude

On January 7, 2020, a black cloud appears uninvited at six thousand meters above the Chilean central area. This atmospheric formation is not an explicable phenomenon from common meteorology. It is a column of smoke emitted by the tragic fires that ravaged the Australian eastern coast during the summer of 2019-20, which connected, without intermission, the more than 11,000 km that span between both ends of the Pacific Ocean<sup>1</sup>. With the gloomy passage of a Greek chorus, the stretched formation clung to the push of the oceanic winds to establish a dramatic dialogue between two cities besieged by armies of murderous smoke and whose disastrous connection allows us to playfully unravel the imageries of courage, desire, and pertinence, that neoliberal common sense insists on framing within a context of the inevitable.

Connected by the pilgrimage of forest smoke, Sydney (Australia) and Valparaíso (Chile) are two cities of port memory and colonial grounds embraced by the Pacific Ocean. Being both central figures of vast metropolitan regions, their bones, entrails, and skins crystallize asymmetric legacies of the dynamics – sometimes enriching, and more commonly devastating – of globalization. Founded as a penal colony on land seized from the Gadigal people, Sydney has for decades



décadas bajo caros tratamientos intensivos de estética contemporánea, sesiones 24/7 de gimnasia de rendimiento, blanqueamiento dental y hormonas para el crecimiento. La ciudad ha mutado y crecido a ritmo frenético a través de agresivas intervenciones plásticas y gentrificaciones sin resistencia, sufragadas por la reciente tracción financiera de industrias extractivas regionales, el turismo global, el negocio millonario de la educación terciaria y una burbuja inmobiliaria inflada por inyecciones de capital internacional, principalmente de vecinos asiáticos como China.

Hasta el día de hoy, y a pesar de recientes escarceos con la recesión financiera, Sídney se ha proyectado al mundo como un exitoso vástago del idilio entre financiarización

undergone expensive and intensive contemporary aesthetic treatments, 24/7 sessions of performance gymnastics, teeth whitening, and growth hormones. The city has mutated and grown at a frenzy through aggressive plastic interventions and gentrification without resistance, paid for by the recent financial pull of regional extractive industries, global tourism, the million-dollar business of tertiary education, and a real estate bubble inflated by injections of international capital – mainly from Asian neighbors like China.

To this day, and despite recent dabbling with the financial recession, Sydney has projected itself to the world as a successful offshoot of the idyll between the financialization

**1** Imagen satelital de incendios forestales en la costa este de Australia, 2020. / *Satellite imagery of bushfires on Australia's east coast, 2020.* © European Space Agency

del suelo y el *mass-production* de espacios consumibles. Mordida por un sol reluciente – y besada por playas de postal –, su estampa digital está llena de multiculturalidad consumible, una sensación escénica de *déjà vu* global y cuerpos atléticos, jóvenes y (re)productivos que consumen y se gustan inmunes a lo político. Eso de la política es un término caduco. En todo caso, versiones descafeinadas de lo político aparecen en museos, galerías y debates televisivos, casi siempre bajo el sello de las *identity politics*, sin hacer grandes esfuerzos por ocultar el formato de consumo que las contiene. En los espacios educativos, hace tiempo que lo político fue declarado *non grato* por las «pragmáticas» agendas institucionales australianas. En su lugar, hace tiempo que la oficialidad institucional copula con el tecnodeterminismo antihumano de lo *smart* y erotiza con respuestas «resilientes» a las nubes negras anunciadas por la ciencia internacional. En Sídney, lo político – como su oscuro pasado colonial – quedó superado por un presente continuo y acelerado, avalado por casi medio siglo de crecimiento económico ininterrumpido.

Como en toda metrópolis de aspiración instagráfica, su estetización *soft* de lo contemporáneo reniega de un *backstage* infinito, suburbano e infraestructural, sazonado con sudor de migrantes desechables, clústeres marginales de presencia indígena, consumo masivo de psicotrópicos y antidepresivos por emprendedores autoexplotados, ancianos invisibles y soledad; una soledad autóctona e indisoluble del abrazo mayoritario a la autoridad sonriente de una economía sin afectos que reza de memoria los salmos sugeridos por el Aparato Cognitivo Neoliberal®.

Por su parte, Valparaíso, monumental y ruinoso, mira de frente a la globalización con escepticismo. Se sabe perdedora de demasiadas batallas y le han susurrado muchas promesas imposibles. En su piel ajada y llena de costuras, tatuajes y maquillaje de aerógrafo aún queda la huella de la compleja convivencia entre abundancia, miseria, intercambio, exceso y gozo de sus días como nodo global. La otrora «Perla del Pacífico» es una ciudad amamantada, abusada y abandonada por la globalización capitalista. Sus huesos acumulan fisuras por terremotos, asedios y abandonos varios; su corazón padece de desencantos crónicos y sus pulmones nunca alcanzan a recuperarse del ahogo por incendios aporofóbicos<sup>2</sup>. Forjada desde los encuentros disonantes, las resistencias y los conflictos sociales, la ciudad puerto se ha acostumbrado a convivir con el fracaso, la expropiación, el abandono, la decadencia económica y la nostalgia. «Valpo» lleva casi un siglo ahogándose en los márgenes del progreso. Desde principios del siglo xx, la concatenación de eventos globales tales como la apertura del canal de Panamá, la caída del imperio norteamericano del salitre, la represión antisindical de los ochenta, el abandono institucional o la enajenación (privatizadora) de su amado puerto han convertido en tenues goteos los flujos de capital entre el mundo exterior y los muchos y muy diversos adentros que configuran la cartografía social de sus cerros, su puerto y su «plan».

Valparaíso es un bastión de la negatividad. Ha sobrevivido a su propia muerte aferrándose a redes de solidaridad comunitaria, guiños cotidianos a lo escatológico, compli-

of land and the mass-production of consumable spaces. Bitten by a shining sun – and kissed by postcard beaches – its digital print is full of consumable multiculturalism, a scenic sensation of global *déjà vu* and athletic, young and (re)productive, self-appreciated and consumed bodies, immune to the political. Well, 'politics' is an outdated term. In any case, decaffeinated versions of the political appear in museums, galleries, and television debates, almost always under the stamp of identity-politics, without making great efforts to hide the consumer format that contains them. In educational spaces, the political has long been declared *non grata* by the 'pragmatic' Australian institutional agendas. Instead, institutional officers have long copulated with the anti-human technological determinism of the smart, eroticizing with 'resilient' responses to the 'black clouds' announced by international science. In Sydney, the political – like its dark colonial past – was overtaken by a continuous and accelerating present, backed by almost half a century of uninterrupted economic growth.

As in any metropolis of 'instagrammic' aspiration, its soft aestheticization of the 'contemporary' denies an infinite, suburban and infrastructural backstage, seasoned with the sweat of disposable migrants, marginal clusters of indigenous presence, massive consumption of psychotropics and antidepressants by self-exploited entrepreneurs, the invisible elderly, and loneliness: an autochthonous loneliness, inseparable from the majority's embrace of the smiling authority of an economy without affections that recites by heart the psalms suggested by the Neoliberal Cognitive Apparatus™.

For its part, Valparaíso, monumental and dilapidated, looks at globalization with skepticism. A city that knows itself the loser of too many battles and has been whispered a lot of impossible promises. In its skin, worn and full of seams, tattoos and airbrush makeup, there is still the trace of the complex coexistence between abundance, misery, exchange, excess, and joy of her days as a global node. The once 'Jewel of the Pacific' is a city nursed, abused, and abandoned by capitalist globalization. Its bones accumulate fissures from earthquakes, sieges and various abandonments; its heart suffers from chronic disappointments, and its lungs never recovered from the suffocation of aporophobic fires.<sup>2</sup> Forged from dissonant encounters, resistance and social conflicts, the city-port has become accustomed to living with failure, expropriation, abandonment, economic decline and nostalgia. 'Valpo' has been drowning on the margins of progress for almost a hundred years. Since the beginning of the 20<sup>th</sup> century, the concatenation of global events such as the opening of the Panama Canal, the fall of the northern saltpeter empire, the anti-union repression of the 1980s, the institutional abandonment, or the (privatizing) alienation of its beloved port, have turned the flows of capital between the outside world and the many and very diverse insides that make up the social cartography of its hills, its port and its 'plan' into thin drips.

Valparaíso is a bastion of negativity. It has survived its own death by clinging to networks of community solidarity, daily nods to the eschatological,



ciudades cosmopolíticas, resistencias, sudorosos aquelarres nocturnos, gozos improductivos, emprendimientos precarios y microeconomías canallas. A pesar de todo ello, entre finales de los noventa y el 2003, la mirada miope de políticos, «expertos» y empresarios imaginó para Valparaíso una economía urbana centrada en la explotación plastificada de su decadente legado industrial y arquitectónico, a través de su inclusión en la marca Unesco World Heritage. Así, se intentó inyectar en vena la idea de que la ciudad podría alojar en sus monumentales, pintorescas y profundamente decadentes arquitecturas un Silicon Valley de la producción y consumo internacional de cultura.

Lo dijo el informe Isaza en 2016. Valparaíso es «calamitosa» (Mosciatti, 2016). Hoy es tan pobre como siempre y está más segregada que nunca, ya que a la irresuelta ruptura entre ciudad y puerto se unieron el muro social entre el «Valpo» explotable y el desechable (a través de gentrificaciones infructuosas y demarcaciones patrimoniales) y el acoso y derribo de su «patrimonial» bohemia (a través de cercos legales a la nocturnidad). La ciudad puerto chilena no es capaz de cristalizar – ni tampoco desechar – el (absurdo) impulso de ser convertida en una pintoresca marca de consumo. Ni se invirtió lo necesario en engordar el proyecto patrimonial, ni se quiso – o se supo – valorar su verdadero legado: la negatividad.

## Acto 2: Shocks transpacíficos

A principios de los setenta, Chile y Australia arrancaron – por vías legítimamente democráticas – dos proyectos estatales de sesgo socialista. En escasos meses, ambos ensayos políticos fueron demonizados ideológicamente por élites extractivas y violentamente derrocados tras procesos de desestabilización socioeconómica y política teledirigidos desde las «inteligencias» del supremacismo angloamericano. La cancelación unilateral de ambos proyectos estatales dio lugar a sendas derivas pioneras del proyecto neoliberal.

En 1971, tras nacionalizar – con apoyo parlamentario – buena parte de la producción pesada y casi el total de la gran minería, el Estado chileno activó las inmunologías del imperio estadounidense y se sumió en un fuego cruzado de cifras, discursos, titulares de prensa, mensajes en clave, protestas y muerte contra una alianza gaseosa entre élites financieras, miembros del ejército y la CIA. La tensión se inflamó vertiginosamente hasta explotar en un violento golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973. La disciplina castrense de la dictadura amputó «impurezas» estéticas e ideológicas a través de un despliegue sanguinario de represión, violaciones y asesinatos contra la disidencia. En paralelo, y sin apenas tiempo para velar a la difunta revolución, una serie de decretos leyes (dictados desde los tentáculos chilenos de la Chicago School of Economics, y entre los que destaca el recién reemplazado DL-600<sup>3</sup>) facilitaron el sustrato legal idóneo para activar la orgía de saqueos privatizadores, sobreexplotaciones (de ecosistemas y ciudadanías), endeudamientos e inflaciones asfixiantes que, como nos recuerdan Claudio Lorca y José Ignacio Ponce (2013), alcanzaron su clímax con la consolidación del hoy cuestionado proyecto democrático. No en vano, a pesar de que el giro democrático restableció un indiscutible paquete de derechos y libertades previamente secuestradas por la

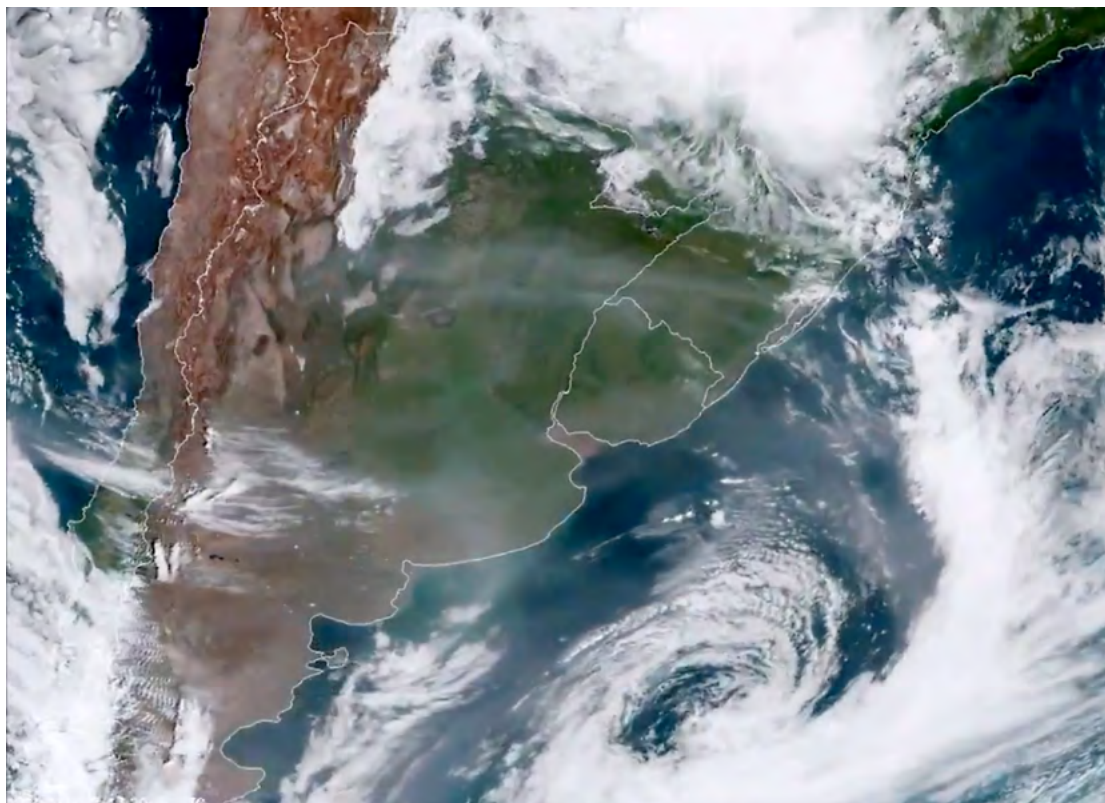
cosmopolitical complicities, resistance, sweaty night covens, unproductive joys, precarious entrepreneurship, and rogue microeconomics. Despite all this, between the late 1990s and 2003, the myopic gaze of politicians, ‘experts’ and businessmen imagined for Valparaíso an urban economy focused on the plasticized exploitation of its decadent industrial and architectural legacy, through its inclusion in the UNESCO World Heritage brand. Thus, an attempt was made to intravenously inject the idea that the city could house in its monumental, picturesque and deeply decadent architectures a Silicon Valley of international production and consumption of culture.

The Isaza report said so in 2016. Valparaíso is “dire” (Mosciatti, 2016). Today, it is as poor as before and more segregated than ever, since the unresolved rupture between city and port was joined by the social wall between the exploitable and disposable ‘Valpo’ (through fruitless gentrification and patrimonial demarcations) and the harassment and demolition of its bohemian ‘heritage’ (through legal fences at night). The Chilean city-port is not capable of crystallizing – nor rejecting – the (absurd) impulse to be turned into a picturesque consumer brand. They neither invested what was necessary for fattening the patrimonial project, nor did it want – or known how – to value its true legacy: negativity.

## Act 2: Trans-Pacific Shocks

At the beginning of the 1970s, Chile and Australia started – by legitimately democratic means – two state projects with a socialist tendency. In just a few months, both political trials were ideologically demonized by extractive elites and violently overthrown after processes of socio-economic and political destabilization remotely controlled by the ‘intelligence’ of Anglo-American supremacism. The unilateral cancellation of both state projects gave rise to pioneering drifts of the neoliberal project.

In 1971, after nationalizing – with parliamentary support – a large part of heavy production and almost all of large-scale mining, the Chilean state activated the immunological response of the US empire and was plunged into a crossfire of figures, speeches, headlines, coded messages, protests and death, against a gaseous alliance between financial elites, members of the military, and the CIA. The state of tension was inflamed vertiginously until it exploded in a violent *coup* on September 11, 1973. The military discipline of the dictatorship amputated aesthetic and ideological ‘impurities’ through a bloody display of repression, rapes, and murders against dissent. In parallel, and with little time to watch over the deceased revolution, a series of decree-laws (issued from the Chilean tentacles of the Chicago School of Economics, and among which the recently replaced DL-600<sup>3</sup> stands out) provided the ideal legal substrate to activate the orgy of privatizing looting, overexploitation (of ecosystems and citizens), indebtedness and suffocating inflation that, as Claudio Lorca and José Ignacio Ponce (2013) remind us, reached its climax with the consolidation of the now questioned democratic project. Not in vain, despite the fact that the democratic turn re-established an indisputable package of rights and



2 La Organización Meteorológica Mundial de la ONU (OMM) informa que el humo de los furiosos incendios forestales en Australia se desplaza a través del Pacífico y llega América del Sur, enero de 2020. / *The UN World Meteorological Organization (WMO) reports that smoke from raging bushfires in Australia drifts across the Pacific and reaches South America, January 2020.*  
© NOAA Satellites

dictadura, la carta constitucional democrática no surgió de un acto fundacional, sino que aplicó un parcheado de urgencia sobre la Constitución de 1980. Así, la democracia facilitó una atmósfera de estabilidad y confiabilidad para la llegada de grandes corporaciones extractivas, cuya imagen quedaba reforzada al entrar «legítimamente» en un supuesto Estado de derecho.

Hoy, el retrato social de Chile dibuja una constelación de territorios y ciudadanías «sacrificadas» (Acosta, 2019) para el beneficio acumulativo de élites globales. El Estado andino es un hervidero polarizado que ahoga a clases medias y pobres bajo los gases asfixiantes de la deuda, la inflación y el pluriempleo precario, mientras condena al bucle del estigma meritocrático a «choros», «flaites», mapuche, mujeres y tantas otras redundancias sociales sin cabida en las neonarrativas nacionales de esfuerzo y éxito del mal llamado «oasis latinoamericano» (*The Clinic*, 2018).

Australia no necesitó un *shock* sanguinario para arrancar su orgía neoliberal. Entre 1972 y 1975, el primer ministro laborista Gough Whitlam despertó las alarmas angloamericanas al apostar por cortar dependencias económicas, políticas y legales con la corona británica, y por reforzar una agenda cargada de proyectos «alarmantemente» izquierdosos. El proyecto laborista inició el desmantelamiento parcial de la hasta entonces vigente *White Policy*<sup>4</sup>. Se abrieron flujos migratorios al sudeste de Asia y se legitimó la lucha aborigen. Igualmente, se inyectaron medidas anti-*laissez faire* y se inauguró la hasta la fecha suculenta vía diplomático-mercantil con la siempre repudiada China comunista. Pero el giro socialista de Whitlam no fue ignorado por los tentáculos (neo) imperiales del universo anglosajón. Tras un hervidero de disputas parlamentarias, tramas de espionaje e injerencias diplomáticas del Palacio de Buckingham y Washington, el 11

freedoms previously hijacked by the dictatorship, the democratic constitutional charter did not arise from a founding act, but instead applied an urgent patch on the 1980 Constitution. Thus, democracy facilitated an atmosphere of stability and reliability for the arrival of large extractive corporations, whose image was reinforced by entering 'legitimately' into a supposed rule of law.

Today, the social portrait of Chile draws a constellation of 'sacrificed' territories and citizenships (Acosta, 2019) for the cumulative benefit of global elites. The Andean state is a polarized hotbed that drowns the middle and poor classes under the suffocating gases of debt, inflation and precarious moonlighting, while condemning the loop of meritocratic stigma to 'choros', 'flaites', Mapuche, women, and so many other social redundancies with no place in the national neo-narratives of 'effort' and 'success' of the misnamed 'Latin American Oasis' (*The Clinic*, 2018).

Australia didn't need a bloody shock to kick off its neoliberal orgy. Between 1972 and 1975, Labor Prime Minister Gough Whitlam raised Anglo-American alarms by betting on cutting economic, political and legal dependencies with the British crown, and by reinforcing an agenda loaded with 'alarmingly' left-wing projects. The Labor program began the partial dismantling of the hitherto in force *White Policy*<sup>4</sup>. Migratory flows to Southeast Asia were opened and the aboriginal struggle was legitimized. Likewise, anti-*laissez-faire* measures were injected, and the then-succulent diplomatic-mercantile route was inaugurated with the always repudiated communist China. But Whitlam's socialist turn was not ignored by the (neo) imperial tentacles of the Anglo-Saxon universe. After a hotbed of parliamentary disputes, espionage schemes, and diplomatic interference from Buckingham Palace and

de noviembre de 1975 la vía australiana fue desmantelada autoritariamente por el gobernador general<sup>5</sup>; un enquistamiento colonial en el aparato estatal, cuya apariencia simbólica enmascara su poder «ejecutivo» para disolver parlamentos y despedir a equipos de gobierno a voluntad propia o de sus interlocutores imperiales, en este caso, la corona británica y la CIA (Rundle, 2015).

El fenómeno Whitlam resultó un resfriado político para una ciudadanía acostumbrada a naturalizar saqueos coloniales y a convivir bajo regímenes penitenciarios flexibles a cambio de redistribuciones parciales del botín entre sus pseudoutopías blancas<sup>6</sup>. Las narrativas culturales australianas han operado por mucho tiempo bajo férreas permisividades hacia funcionalismos autoritarios (aún la conocen como el *Nanny State*) y convivencias cotidianas con vigilancias vecinales (o *neighbour watch*), incentivos a las conductas obedientes y taxonomizaciones antitredad fundamentadas en el supremacismo etnocultural, el individualismo y la antiintelectualidad. Es por ello que, a pesar de la autoridad monolítica con la que se agredió a la soberanía popular en 1975, los electorados del país recurrieron al tradicional culto a la resiliencia para asimilar la nueva normalidad sin apenas mediar resistencia.

Hoy, los espejismos presentistas del consumo «democrático», de salarios vistosos, de inflaciones «sanas» y de deudas «aspiracionales» han reformulado los tejidos deseantes – y de sentido común – de las ciudadanía australianas para convertirlas en un bloque de consenso en torno al valor supremo e irremplazable del modelo hiperextractivo contemporáneo. La deriva posmoderna australiana ha tejido un imaginario rotundo de éxito neoliberal que dedica atenciones desmesuradas al orgullo patrio y esconde bajo alfombras burocráticas y oligopolios mediáticos (Dwyer y Muller, 2016) sus asimetrías sociales y sus abusos extractivos a cuerpos y territorios. La brecha social entre australianos ricos y pobres, así como entre nativos blancos, migrantes y «primeras naciones», se ha enmascarado a través de maquillajes institucionales del genocidio aborígen, externalizaciones de la pobreza (a migrantes desechables<sup>7</sup>) y positivaciones consumibles de la diversidad «multicultural» del país. La guinda del pastel de «microviolencias»<sup>8</sup> estructurales al neoliberalismo australiano reside en su expulsión «amable» de la disidencia por medio de amputaciones «pragmáticas» de contenidos estéticos, improductivos e ideológicos de sus programas culturales, educativos y de ocio.

Si el arranque neoliberal chileno puso el acento en oprimir con disciplina militar y violencias arcaicas los delirios poscoloniales – o de justicia – del mestizaje latinoamericano, su contrapartida australiana se formuló como un laboratorio de gobernanza capaz de hibridar las necropolíticas con acento supremacista del universo Reagan-Thatcher con un entramado «psicopolítico» de consenso paramétrico al más puro estilo Singapur. En apenas medio siglo, el Estado oceánico ha transformado a sus ciudadanía en audiencias «políticas» de manera inadvertida. Hoy en día, y con pocas excepciones, las ciudadanía australianas son, como diría Paul B. Preciado (2020), «utopías de comunidad» adictas al consumo y alérgicas a la crítica ideológica. En su masividad poscrítica, están facilitando la fagocitación desenfrenada de

Washington, on November 11, 1975, the Australian route was authoritatively dismantled by the Governor-General<sup>5</sup>; a colonial entrenchment in the state apparatus, whose symbolic appearance masks its 'executive' power to dissolve parliaments and fire government teams at its own free will, or of its imperial interlocutors – in this case, the British crown and the CIA (Rundle, 2015).

The Whitlam phenomenon turned out to be a political cold for a citizenry accustomed to naturalizing colonial looting and living under flexible prison regimes, in exchange for partial redistributions of loot among their white pseudo-utopias.<sup>6</sup> Australian cultural narratives have long operated under strict permissiveness towards authoritarian functionalisms (it is still known as the 'Nanny State'), and daily coexistence with neighborhood vigilantes (or 'neighbor watch'), incentives to obedient behaviors, and anti-otherness taxonomy based on ethnocultural supremacism, individualism, and anti-intellectuality. That is why, despite the monolithic authority with which popular sovereignty was attacked in 1975, the country's electorates resorted to the traditional cult of resilience to assimilate the new normal with hardly any resistance.

Today, the presentist mirages of 'democratic' consumption, of showy wages, of 'healthy' inflations, and 'aspirational' debts, have reformulated the desiring fabrics – and the common sense – of Australian citizens to turn them into a consensus bloc regarding the supreme and irreplaceable value of the contemporary hyperextractive model. The Australian postmodern drift has woven a resounding imagery of neoliberal success that devotes excessive attention to national pride and hides under bureaucratic carpets and media oligopolies (Dwyer and Muller, 2016) its social asymmetries and its extractive abuses of bodies and territories. The social gap between rich and poor Australians, as well as between white natives, migrants, and 'first nations,' have been masked through institutional make-ups of Aboriginal genocide, outsourcing of poverty (to disposable migrants<sup>7</sup>), and consumable products of the 'multicultural' diversity of the country. The icing on the structural 'micro-violence'<sup>8</sup> cake for Australian neoliberalism lies in its 'amiable' expulsion of dissent through 'pragmatic' amputations of aesthetic, unproductive and ideological content, of its cultural, educational and leisure programs.

If the Chilean neoliberal outbreak put the accent on oppressing the postcolonial delusions – or justice – of Latin American miscegenation with military discipline and archaic violence, its Australian counterpart was configured as a governance laboratory capable of hybridizing the necropolitical and its supremacist accent of the Reagan-Thatcher universe, with a 'psychopolitical' framework of parametric consensus in the purest Singapore style. In just half a century, the oceanic state has inadvertently transformed its citizens into 'post-political' audiences. Today, and with few exceptions, Australian citizens are, as Paul B. Preciado (2020) would say, "community utopias" addicted to consumption and allergic to ideological criticism. In their post-critical massiveness, they are facilitating the unbridled engulfment of their recursive

su riqueza recursiva y ecológica, sus derechos fundamentales y su simulacro de soberanía nacional en favor de carteles corporativos globales.

### Acto 3: Alegoría de un giro argumental

La llegada de la nube negra australiana a costas andinas resincronizaba ambos extremos del Pacífico para teatralizar las vicisitudes de un nuevo giro paradigmático. El peregrinaje eólico del humo forestal encapsuló a Sídney y a Valparaíso en una alegoría del fin de una racionalidad insostenible. La nube negra conectó a dos ciudades asediadas por una contemporaneidad incapaz de contener su pulsión necropolítica. El 7 de enero de 2020, Sídney llevaba 57 días asfixiándose bajo el manto gaseoso emitido por los incendios más destructivos en la historia australiana. El evento fue una manifestación espectacular del 'I can't breathe' planetario denunciado hasta la saciedad por la ciencia internacional y una *vendetta* kamikaze de los ecosistemas australianos tras siglos de abusos silenciados. A 11.000 km de distancia, Valparaíso buscaba bocanadas de aire respirable entre humos de barricada y gases lacrimógenos. La ciudad puerto chilena llevaba casi tres meses de lucha a cara de perro contra la saga tirana de medidas económicas implementadas por un Estado devoto a los mandatos anticidadanos vomitados por sus «comités de expertos» (Guzmán, 2019). Desde octubre, las principales urbes del Estado chileno alojaron la viralización de una protesta ciudadana contra el incremento de tasas al transporte metropolitano en Santiago. En cuestión de días – y con ayuda de la violencia estatal – las protestas viraron en rebeldía generalizada y confrontaciones aguerridas entre organizaciones ciudadanas y cuerpos militares estatales.

A través de este ensayo, nos interesa hacer una reflexión sobre la necesidad de revisar los parámetros transaccionales en torno a los que el neoliberalismo ha estructurado nociones tales como el valor, lo deseable, la pertinencia y el éxito. Para ello, forzamos un imaginario «accidental» de coexistencia entre los tejidos urbanos y sociales de Sídney y Valparaíso, tras quedar conectadas por el paréntesis de desastres contemporáneos denunciado por la «nube negra». La lectura conjunta de ambos incidentes nos permitirá, por un lado, refutar la tendencia internacional a elogiar y reproducir ansiosamente imaginarios urbanos y estéticos de convivencia pospolítica bajo consensos forzados y articulaciones transaccionales de la coexistencia. Por otro lado, nos ayudará a desacreditar el desprecio optimizador con el que la contemporaneidad hegemónica estigmatiza concepciones de coexistencia urbana cargadas de negatividades (estéticas, improductivas, performativas e ideológicas) incapturables por – e indeseables para – el aparato financiarizador neoliberal.

Si en 2018 el Amazonas agasajó a Jair Bolsonaro y sus políticas negacionistas con incendios desastrosos, entre agosto y septiembre de 2019, las llamas antropocénicas tomaron las regiones orientales australianas para desplegar un espectáculo de destrucción y rabia cosmopolítica que carbonizó 19.000.000 de hectáreas de bosque, arruinando economías y comunidades rurales y erradicando de la faz de la tierra alrededor de 1.000.000.000 de animales, casi 10.000 edificios y 33 personas<sup>9</sup>. El *Australian Anthropocene Shame Tour 2019-20* se desplazó – entre septiembre y marzo – a lo largo y ancho

and ecological wealth, their fundamental rights, and their simulacrum of national sovereignty, in favor of global corporate cartels.

### Act 3: Allegory of an Argumentative Twist

The arrival of the Australian black cloud to Andean coasts resynchronized both ends of the Pacific to dramatize the vicissitudes of a new paradigm shift. The aeolian pilgrimage of forest smoke encapsulated Sydney and Valparaíso in an allegory of the end of an unsustainable rationality. The black cloud connected two cities besieged by a contemporaneity, unable to contain its necropolitical impulse. On January 7, 2020, Sydney had been suffocating for 57 days under the blanket of gas emitted by the most destructive fires in Australian history. The event was a spectacular manifestation of the planetary 'I can't breathe' – denounced endlessly by international science – and a kamikaze vendetta of Australian ecosystems after centuries of silenced abuses. At 11,000 km away, Valparaíso was looking for breathable air between barricade fumes and tear gas. The Chilean port city – just like other cities in the country at the time – had been fiercely fighting for almost three months against the tyrannical saga of economic measures implemented by a state devoted to the anti-citizen mandates spewed out by its 'expert committees' (Guzmán, 2019). Since October 2019, the main cities of the Chilean state hosted a viralization sparked by a citizen protest against the increase in rates for metropolitan transport in Santiago. In a matter of days – accelerated also by state violence – the protests turned into widespread rebellion and fierce confrontations between citizen organizations – demanding 'dignity' – and state military bodies.

Through this essay, we are interested in reflecting on the need to review the transactional parameters around which neoliberalism has structured notions such as value, desirability, relevance and success. To do this, we forced an 'accidental' imaginary of coexistence between the urban and social fabrics of Sydney and Valparaíso, after being connected by the parenthesis of contemporary disasters denounced by the 'black cloud.' The joint reading of both incidents will allow us, on the one hand, to refute the international tendency to eagerly praise and reproduce urban and aesthetic imaginaries of post-political coexistence – under forced consensuses and transactional articulations of coexistence. On the other hand, it will help us to discredit the optimizing contempt with which hegemonic contemporaneity stigmatizes conceptions of urban coexistence loaded with negativities (aesthetic, unproductive, performative and ideological) unattainable by – and undesirable for – the neoliberal financial apparatus.

If in 2018, the Amazon honored Jair Bolsonaro and his denialist policies with disastrous fires, between August and September 2019, Anthropocene flames took over eastern Australian regions to unfold a spectacle of destruction and cosmopolitical rage that charred 19,000,000 hectares of forest, ruining rural economies and communities, and eradicating from the face of the earth around 1,000,000,000 animals; almost 10,000



de los Estados orientales del país, logrando asediar – con malicia tragicómica – a la bella, sonriente y próstética Sídney por 81 días. De la noche a la mañana, los opulentos lindes suburbanos de su *North Shore* quedaron acorralados por varios «frentes enemigos» (Albeck-Ripka et al, 2020). En cuestión de días, el área metropolitana de la emblemática ciudad australiana quedó sometida a la omnipresencia penetrante de un manto de humo tóxico para el que la bunkerización suburbana y el hermetismo climatizado de sus distritos financieros resultaron fácilmente traspasables. En apenas semanas murieron prematuramente más de 400 personas por problemas respiratorios. La ciudad alternó días de índices de calidad ambiental (AQI) «pobres» con jornadas sencillamente irrespirables.

Paradójicamente, se cumplían escasos meses desde que la coalición política formada por etnonacionalistas blancos y ultraliberales negacionistas vencía de manera aplastante en unas elecciones dominadas por el debate medioambiental. A pesar de que Australia llevara años concatenando extinciones masivas, sequías devastadoras, inundaciones bíblicas, desecaciones de sistemas fluviales y blanqueamientos intensivos de la barrera de coral (Sánchez et al, 2019), en las «elecciones del cambio climático» ganaron el negacionismo y el miedo al vacío. Ganó el consenso con las agendas neoliberales sin apartado de futuro. Ganó el individualismo *settler* anglosajón y la ansiedad escapista por defender el privilegio colonial del *Lucky Country*<sup>10</sup>, cueste lo que cueste y pague quien pague. Ganaron, de nuevo, las agendas necropolíticas y la soberbia heteropatriarcal de los de siempre. Y ganó la aproximación a un fin con acento rancio a bunkerización etnocultural anglosajona que, visto lo visto, ha pasado de vender deseos «suburbanos» a apostar por una poco excitante «tercermundización» planetaria; o lo que es lo mismo: muerte prematura para prácticamente todos, incluso para los que hoy especulan con ella.

El gobierno y sus instituciones respondieron al desastre estival con vacaciones en Hawái, insultos a activistas y apoyos férreos a la extracción de combustibles fósiles. A pesar de ello, así como de las muertes por asfixia, de la creciente ecoansiedad (entendida como fenómeno psicológico y, por tanto, individual), de la volatilización de ecosistemas milenarios, del costo económico del cambio climático, de las extinciones masivas o de la deshidratación del país, Sídney tan sólo escenificó una protesta reseñable. Fue el 10 de enero y se tildó de «histórica». Pero la realidad es que congregó alrededor de 30.000 de sus más de 5.000.000 de habitantes. La nube negra australiana caricaturizó el cosmopolitismo democrático, «instagrámico» y exitoso de Sídney mostrándonos una sociedad dócil, apática, desconectada de la escala de su propia tragedia y sin armas políticas ni capacidad crítica suficiente para discernir sus urgencias y enemigos. El Sídney contemporáneo, pese a su «celebrada» multiculturalidad, sigue adscrito a una tradición espacial *settler* en la que el ingrediente «calle» neutraliza los cruces y encuentros disonantes; funciona como un relé – conector/separador – entre fragmentos programáticos y recintos propietarios. Su proyecto urbano es heredero fiel de un contrato social entre hombres blancos alérgicos

buildings; and 33 people.<sup>9</sup> The 'Australian Anthropocene Shame Tour 2019-20' traveled – between September and March – throughout the eastern states of the country, managing to besiege – with tragicomic malice – the beautiful, smiling and prosthetic Sydney for 81 days. Overnight, the opulent suburban fringes of its North Shore were cornered by several 'enemy fronts' (Albeck-Ripka et al, 2020). In a matter of days, the metropolitan area of the emblematic Australian city was subjected to the pervasive omnipresence of a blanket of toxic smoke, for which the suburban bunkerization and the climate-controlled secrecy of its financial districts were easily transferable. In just weeks, more than 400 people died prematurely from respiratory problems. The city alternated days of 'poor' air quality index (AQI) with days that were simply unbreathable.

Paradoxically, this was only a few months after the political coalition constituted by white ethno-nationalists and ultra-liberal deniers won overwhelmingly in an election dominated by the environmental debate. Although Australia has spent years concatenating mass extinctions, devastating droughts, biblical floods, desiccation of river systems, and intensive bleaching of the coral reef (Sánchez et al, 2019), in the 'climate change elections' denialism and fear of emptiness won. The consensus with neoliberal agendas without a future won. Anglo-Saxon settler individualism and escapist anxiety to defend the colonial privilege of the Lucky Country won,<sup>10</sup> whatever the cost and whoever is paying. The necropolitical agendas and the heteropatriarchal arrogance of the usual once again won. And so triumphed the approach to an end with the stale touch of Anglo-Saxon ethnocultural bunkerization that, in light of what we have seen, has gone from selling 'suburban' desires to betting on a little exciting planetary 'third worldization'; or what is the same: premature death for practically everyone, even for those who today speculate with it.

The government and its institutions responded to the summer disaster with vacations in Hawaii, insulting activists, and staunching support for the extraction of fossil fuels. Despite this, as well as deaths from suffocation, the growing eco-anxiety (understood as a psychological and, therefore, individual phenomenon), the volatilization of ancient ecosystems, the economic cost of climate change, mass extinctions, or the dehydration of the country, Sydney staged only one notable protest. It was on January 10 and it was labeled 'historic.' But the reality is that it brought together around 30,000 of its more than 5,000,000 inhabitants. The Australian black cloud caricatured the democratic, 'instagrammic' and successful cosmopolitanism of Sydney by showing us a docile, apathetic society, disconnected from the scale of its own tragedy, and without political weapons or sufficient critical capacity to discern its urgencies and enemies. Contemporary Sydney, despite its 'celebrated' multiculturalism, remains attached to a spatial settler tradition in which the ingredient 'street' neutralizes crossings and dissonant encounters; it works as a relay – connector/separator – between programmatic fragments and proprietary enclosures. Its urban project is the faithful heir to a social contract between white men



a lo ajeno, que se imaginaron «de paso» por un paraíso extractivo demasiado alejado de «lo civilizado». La ciudad australiana está calculada, diseñada y regulada para que la expulsión de «lo político» no requiera del ejercicio de la «macroviolencia». Al fin y al cabo, el bautismo neoliberal australiano demostró que las democracias tardocapitalistas económicamente «exitosas» se sienten cómodas sobre esqueletos coloniales y autoritarios.

Al extremo andino de la nubarrada transpacífica, las revueltas iniciadas en octubre de 2019 habían desconchado una carcasa socioeconómica asfixiante para casi todos. Al hilo de una subida de tasas al Transantiago, estudiantes, feministas y otras disidencias al alza arrastraron a jubilados estafados, endeudados y demás *homo sacer* de la obscenidad ne(cr)oliberal<sup>11</sup> chilena a un proceso revolucionario que, pese al efecto paralizante de la Covid-19, continúa marcando el pulso de debates parlamentarios presentes. En la última década, a pesar de que ciertos *rankings* internacionales dibujaran un país aventajado en productividad, desarrollo económico y «avances» sociales respecto a sus vecinos regionales, el legado reciente de desregulaciones, privatizaciones e inflaciones ubica al «jaguar» de Latinoamérica en el tercer puesto del *ranking* OCDE de desigualdad económica<sup>12</sup>. A ello se le adhiere el enfado ante la arrogancia patriarcal de una clase política caricaturizada en un presidente multimillonario, funambulesco y tan enajenado del drama social chileno que, en pleno estallido social, inventó una «guerra» contra sus conciudadanos y desarmó tres décadas de «montaje» democrático militarizando las calles y permitiendo asesinatos y violaciones de derechos fundamentales en las principales ciudades del país.

A merced del estallido, los cerros, plan y puerto de Valparaíso suspendieron indefinidamente sus arras contractuales con la Unesco para recuperar sus lazos patrimoniales con la negatividad. En cuestión de días, las arterias principales de la ciudad puerto convirtieron la crudeza social porteña en un carnaval de lo político. Los saqueos desbordantes a grandes almacenes y supermercados evidenciaron – por enésima vez – la marginalidad socioeconómica de un patrimonio social olvidado que reclamaba – con violencia aprehendida – su derecho de pernada en la orgía individualista del presente. Los ataques vandálicos a sucursales bancarias, franquicias, sedes corporativas y templos religiosos en las arterias principales de la ciudad cancelaban la inmunidad histórica de los titiriteros de un Estado al servicio de las élites y especialmente alérgico al efluvio de subjetividades y cosmovisiones impresas en el eclecticismo histórico de su ciudad icónica.

El «pasacalle» revolucionario porteño recuperó la fuerza política del grafiti tras décadas de servicios forzados al retrato «pintoresco» de ascensores urbanos, fachadas multicolores y demás naturalezas muertas del imaginario patrimonial Unesco. Entre la explosión del 18 de octubre y la catarsis feminista del 8M, se maquilló, se travistió y se llenó de simbolismo posheteropatriarcal a «héroes» coloniales monumentalizados sin permiso popular. Cada gesto escenificaba el desensamblaje simbólico de una normalidad que llevaba décadas encajonando al puerto chileno en la irrelevancia y el estigma multicolonial.

allergic to the alien, who imagined themselves just ‘passing by’ an extractive paradise too far from ‘the civilized.’ The Australian city is calculated, designed, and regulated so that the expulsion of ‘politics’ does not require the exercise of ‘macro-violence.’ After all, Australia’s neoliberal baptism demonstrated that economically ‘successful’ late-capitalist democracies are comfortable on colonial and authoritarian skeletons.

At the Andean end of the trans-Pacific cloud, the riots that began in October 2019 had peeled off a suffocating socioeconomic shell for almost everyone. Following a fee increase to the Transantiago, students, feminists, and other dissidents on the rise dragged swindled retirees, indebted and other ‘*homo sacer*’ of the ne(cr)oliberal-Chilean<sup>11</sup> obscenity, to a revolutionary process that, despite the paralyzing effect of Covid-19, continues to set the pulse of current parliamentary debates. In the last decade, despite the fact that certain international rankings have drawn a country that is ahead in productivity, economic development, and social ‘progress’ compared to its regional neighbors, the recent legacy of deregulation, privatization, and inflation places the ‘tiger’ of Latin America in the third puts in the OECD ranking of economic inequality.<sup>12</sup> To this, adds the anger at the patriarchal arrogance of a political class caricatured into a multimillionaire president, tightrope walker and so alienated from the Chilean social drama that, in the middle of the social outbreak, invented a ‘war’ against his fellow citizens and disarmed three decades of democratic ‘assemblage,’ militarizing the streets and allowing assassinations and violations of fundamental rights in the main cities of the country.

At the mercy of the social unrest, the hills, plan and port of Valparaíso indefinitely suspended their contractual pledge with UNESCO to recover their patrimonial ties with negativity. In a matter of days, the main arteries of the port-city turned the social harshness of ‘Valpo’ into a political carnival. The overflowing looting of department stores and supermarkets showed – for the umpteenth time – the socioeconomic marginality of a forgotten social heritage that claimed – with apprehended violence – its right to kick in the individualistic orgy of the present. The vandalism attacks on bank branches, franchises, corporate headquarters, and religious temples in the main arteries of the city, canceled the historical immunity of the puppeteers of a state at the service of the elites, especially allergic to the outpouring of subjectivities and worldviews printed in the Historic eclecticism of its iconic city.

The Valparaíso revolutionary ‘parade’ recovered the political force of graffiti after decades of forced services to the ‘picturesque’ portrait of urban elevators, multi-colored facades and, other still lifes of the UNESCO heritage imagery. Between the explosion of October 18 and the feminist catharsis of March 8, colonial ‘heroes’ monumentalized without popular permission were applied make-up, dressed up, and filled with post-heteropatriarchal symbolism. Each gesture staged the symbolic disassembly of a normality that had been confining the Chilean port for decades in irrelevance and multi-colonial stigma.

La obstinación compartida por habitar, teatralizar, disfrazar y llenar permanentemente la calle afirmaba que el futuro exigido se constituye desde la protección del valor supremo de lo común y el deseo por el encuentro desregulado con lo ajeno. Las agendas programáticas improvisadas por la ficción colectiva del Valparaíso constituyente se negociaron y testearon en la fluidez estuarina del espacio «calle», colisionando entre sí intercambios mercantiles, vagancias compartidas, procesos constituyentes, vigilancias al «enemigo», manifestaciones gozosas de lo improductivo y reclamos propietarios posidentitarios, que sólo aceptarían una ciudad entendida como punto de encuentro y como laboratorio permanente de las prácticas democráticas imaginadas.

En un rifirrafe ideológico en torno a la viabilidad contemporánea de los procesos revolucionarios, el filósofo coreano Byung-Chul Han defendía la imposibilidad de aludir a la «revolución» sin amasar concienciaciones críticas sobre los mecanismos de instrumentalización del deseo desplegados por el «poder estabilizador» neoliberal. Han (2014) defiende de forma provocadora que «la revolución no es posible», ya que su aguijón de negatividad desestabilizadora requiere de una colectividad crítica, generosa y consciente, actualmente neutralizada por el aparato neoliberal a través de inyecciones permanentes de dosis (casi imperceptibles) de deseo narcisista y miedo a quedar fuera. Contra el argumento del filósofo coreano, Marina Garcés (2014) defiende con rabia que la revolución no sólo es posible, sino que está sucediendo permanentemente. No lo hace como un evento platónico, sino como una concatenación de transformaciones que están «continuamente pasando» y siendo impulsadas por quienes ya quedaron fuera.

Sin hacer concesiones románticas ni a la precariedad ni a la violencia, debemos reconocer que escenarios de éxito (económico) neoliberales como Sídney se han encallado en un deprimente giro narcisista, cuya ausencia fatal de interés por lo ajeno conduce a profundas distrofias de la imaginación política y a retornos suicidas a las cavernas etnonacionalistas. Por esa misma razón, conviene recalibrar la curiosidad y el interés cognitivo hacia los escenarios descartados por la concepción «eficiente», pragmática y fragmentada de la globalidad que hoy nos asfixia bajo nubarradas necropolíticas. Allá donde se encalló el rodillo monoideológico y supremacista del capitalismo global, dejó inacabada su erradicación (optimizadora) de categorías esenciales de coexistencia, tales como la disonancia, lo ritual, lo improductivo, lo colectivo, la ineficiencia, el gozo, lo absurdo, lo carnavalesco, lo incapturable, la generosidad, lo impredecible, lo feo y lo escatológico. Los escenarios que hasta hoy leemos como «residuos» del avance épico (y necropolítico) de la globalización capitalista deben ser revisados como «testimonios excepcionales» de un habitar en la «negatividad». Quizás entonces aprendamos a reformular relaciones entre ciudades, ciudadanías, culturas, territorios y economías, para que puedan coexistir sin colapsar en la misma figura.

Valparaíso, en toda su decadencia deshuesada, nos ofrece en su diagrama urbano sus topografías, bordes, flujos, nocturnidades y monumentalidades, así como en

The shared obstinacy to inhabit, dramatize, disguise, and permanently crowd the streets, affirmed that the demanded future is made by the protection of the supreme value of the common and the desire for the unregulated encounter with the alien. The programmatic agendas improvised by the collective fiction of the constituent Valparaíso were negotiated and tested in the estuarine fluidity of the 'street' space, colliding with each other commercial exchanges, shared vagrants, constituent processes, surveillance of the 'enemy,' joyous manifestations of the unproductive, and post-identity proprietary claims, who would only accept a city understood as a meeting point and as a permanent laboratory of imagined democratic practices.

In an ideological scuffle around the contemporary viability of revolutionary processes, the Korean philosopher Byung-Chul Han defended the impossibility of alluding to the 'revolution' without amassing critical awareness about the mechanisms of instrumentalization of desire deployed by the neoliberal 'stabilizing power.' Han (2014) provocatively defends that a "revolution is not possible," since its sting of destabilizing negativity requires a critical, generous and conscious community, currently neutralized by the neoliberal apparatus through permanent injections of doses (almost imperceptible) of narcissistic desire and fear of being left out. Against the Korean philosopher's argument, Marina Garcés (2014) angrily defends that revolution is not only possible but that it is happening permanently. Not as a platonic event but as a concatenation of transformations that are 'continually happening,' driven by those who have already been left out.

Without making romantic concessions to precariousness or violence, we must recognize that neoliberal (economic) success stories, such as Sydney, have run aground in a depressing narcissistic turn, whose fatal absence of interest in the alien leads to profound dystrophies of political imagination, and to suicidal returns to ethno-nationalist caves. For the same reason, it is convenient to recalibrate curiosity and cognitive interest towards the scenarios discarded by the 'efficient,' pragmatic and fragmented conception of globality that today suffocates us under necropolitical clouds. Wherever the mono-ideological and supremacist roller of global capitalism ran aground, it left unfinished its (optimizing) eradication of essential categories of coexistence, such as dissonance, ritual, unproductiveness, collectiveness, inefficiency, joy, absurdity, carnival, the unattainable, generosity, the unpredictable, the ugly, and the eschatological. The scenarios that until today we read as 'residues' of the epic (and necropolitical) advance of capitalist globalization, must be reviewed as 'exceptional testimonies' of living in 'negativity.' Perhaps then we will learn to reformulate relationships between cities, citizens, cultures, territories, and economies so that they can coexist without collapsing into the same figure.

Valparaíso, in all its boneless decadence, offers us in its urban diagram, its topographies, borders, flows, nocturnalities, and monumentalities, as well as in its *mestizo* multiculturalism (historical and present) and its

su multiculturalidad mestiza (histórica y presente) y su banalidad, un palimpsesto arquitectónico, urbano y social que, pese a su reciente fractura entre lo supuestamente productivo y lo redundante, todavía no ha olvidado que la calle es su estuario social; su facilitador de cruces, encuentros, desencuentros y teatralidades generosas y abiertas a la proliferación infinita de nuevos injertos existenciales. Si, como dice Camila Vergara (2019), los logros parlamentarios obtenidos tras el estallido social han convertido a Chile en un «laboratorio para la democracia popular», nosotros nos permitimos el lujo y la osadía de ‘postular’ al Valparaíso conflictuado, disfuncional, teatral y consciente de su asfixia como patrimonio político vivo y no ‘museificable’ de los infinitos futuros poscapitalistas por imaginar y habitar si queremos superar las nubes negras que nos regala el presente ne(cr)oliberal. **ARQ**

banality, an architectural, urban and social palimpsest that, despite its recent break between the supposedly productive and the redundant, has not yet forgotten that the street is its social estuary; its facilitator of crosses, encounters, disagreements, and generous theatricalities open to the infinite proliferation of new existential grafts. If, as Camila Vergara (2019) says, the parliamentary achievements obtained after the social outbreak have turned Chile into a “laboratory for popular democracy,” we are allowing ourselves the luxury and the audacity of ‘nominating’ the troubled, dysfunctional, theatrical and aware-of-its-suffocation Valparaíso as an alive – not ‘museified’ – political heritage of the infinite post-capitalist futures that remain to be imagined and inhabited, if we want to overcome the black clouds that the ne(cr)oliberal present bestows on us. **ARQ**

### Notas / Notes

- 1 Ver: «Humo de incendios forestales de Australia llega a Chile y Argentina», *sbs Spanish*, 7 de enero, 2020, <https://www.sbs.com.au/language/english/humo-de-incendios-forestales-de-australia-llega-a-chile-y-argentina>.
- 2 Los cerros porteños han quedado cercados por plantaciones forestales altamente inflamables amparadas por la ley de desarrollo forestal de 1974 (DL-701). A ello se suma la condición infraurbana y marginal de los sectores poblacionales lindantes con dichas plantaciones, en pleno abandono infraestructural, con sobreacumulación de basuras y construcciones «informales» altamente inflamables.
- 3 El Decreto Ley 600 (Estatuto de la Inversión Extranjera) estableció un sistema de incentivos y beneficios para que inversionistas extranjeros compitieran bajo un supuesto marco de «igualdad de condiciones» respecto a empresarios locales y corporaciones públicas. Su cuerpo legal facilitó la explotación privatizada de recursos extractivos y servicios esenciales (sanitarios, fondos de pensiones, abastecimientos, educación, etc.) hasta entonces cubiertos por empresas estatales.
- 4 Se denomina *White Australia Policy* al marco legal racista que rigió tanto políticas fronterizas como ordenamientos sociales en Australia hasta su derogación en 1973.
- 5 En 1975, el gobernador general era sir John Kerr.
- 6 Son varias las razones históricas que justifican la pasividad con la que el votante australiano ha dejado pasar las violencias antidemocráticas contra su país. Los fundamentos coloniales británicos enmarcaron al continente oceánico en una narrativa legal y cultural doble de «territorio virgen» (o *Terra Nullius*) y de «Estado penitenciario». Desde los primeros asentamientos invisibilizó a los aborígenes. Se negó su legado cultural y civilizatorio para evitar negociar condiciones de ocupación y gestión del territorio colonizado. Por otro lado, a partir de 1788 se importó mano de obra forzada a través del traslado de más de 160.000 presidiarios británicos. Los que no murieron en condiciones miserables de hacinamiento y explotación fueron premiados por su buena conducta con derechos residuales para sumarse a la orgía colonial.
- 7 El modelo de visados australiano favorece el flujo temporal de poblaciones flotantes esenciales para el esqueleto económico del país. En marzo de 2020, cerca de 2,17 millones de trabajadores extranjeros ocupaban visados de trabajo temporal y visados de estudios (estos últimos, empleados con frecuencia como tapadera para acceder a las «bondades» del mercado laboral australiano). Estos trabajadores carecen de cobertura social y sanitaria por parte de las instituciones estatales. Recientemente, ante el impacto económico de la Covid-19, el gobierno australiano rechazó dar cobertura económica a migrantes desempleados por el fenómeno e instó a trabajadores temporales «que no pudieran sufragar sus gastos esenciales a volver a sus respectivos países». Fuente: <https://minister.homeaffairs.gov.au/davidcolemans/Pages/Coronavirus-and-Temporary-Visa-holders.aspx>. Visitada el 10 de mayo de 2020.
- 8 Según Byung-Chul Han, el modelo neoliberal ha mutado la topología de la violencia paradigmática de «visible en invisible, de frontal en viral, de directa en mediada, de real en virtual [y] de física en psíquica», dando un giro de la «macrofísica» impositiva de la violencia «negativa» a la «microfísica» coercitiva de la violencia «positiva».
- 1 See: “Humo de incendios forestales de Australia llega a Chile y Argentina,” *sbs Spanish*, January 7, 2020, <https://www.sbs.com.au/language/english/humo-de-incendios-forestales-de-australia-llega-a-chile-y-argentina>
- 2 The hills of Valparaíso have been surrounded by highly flammable forest plantations protected by the 1974 forest development law (DL-701). Added to this is the suburban and marginal condition of the population sectors bordering these plantations, in full infrastructural abandonment, with over-accumulation of rubbish and highly flammable ‘informal’ buildings.
- 3 Decree-Law 600 (Foreign Investment Statute) established a system of incentives and benefits for foreign investors to compete under a supposed ‘equal conditions’ framework with respect to local businessmen and public corporations. Its legal body facilitated the privatized exploitation of extractive resources and essential services (health, pension funds, supplies, education, and so on) until then covered by state companies.
- 4 The ‘White Australia Policy’ is the racist legal framework that governed both border policies and social orders in Australia until its abolishment in 1973.
- 5 Until 1975, the Governor was Sir John Kerr.
- 6 There are several historical reasons that justify the passivity with which the Australian voter has allowed the anti-democratic violence against their country to pass. British colonial foundations framed the oceanic continent in a dual legal and cultural narrative of ‘virgin territory’ (or *Terra Nullius*) and ‘prison state.’ From the first settlements it made the natives invisible. Their cultural and civilizing legacy was denied in order to avoid negotiating conditions of occupation and management of the colonized territory. On the other hand, from 1788 forced labor was imported through the transfer of more than 160,000 British convicts. Those who did not die in miserable conditions of overcrowding and exploitation, were awarded for their good behavior with residual rights to join the colonial orgy.
- 7 The Australian visa model favors the temporary flow of floating populations essential to the country’s economic backbone. In March 2020, about 2.17 million foreign workers were in temporary work visas and study visas (the latter, often used as a cover to access the ‘benefits’ of the Australian labor market). These workers lack social and health coverage from state institutions. Recently, given the economic impact of Covid-19, the Australian government refused to provide economic coverage to migrants unemployed by the phenomenon, and “strongly encouraged” temporary workers “unable to support themselves under these arrangements over the next six months to return home.” Source: <https://minister.homeaffairs.gov.au/davidcolemans/Pages/Coronavirus-and-Temporary-Visa-holders.aspx>. Consulted on May 10, 2020.
- 8 According to Byung-Chul Han, the neoliberal model has mutated the topology of paradigmatic violence from “visible to invisible, from frontal to viral, from direct to mediated, from real to virtual [and] from physical to psychic,” turning from the imposing ‘macrophysics’ of ‘negative’ violence, to the coercive ‘microphysics’ of ‘positive’ violence.

- 9 Ver: *ABC News*. «From A Single Lightning Strike to Australia's Largest Bushfire». Disponible en: <https://www.abc.net.au/news/2020-02-19/australia-bushfires-how-heat-and-drought-created-a-tinderbox/11976134?nw=0>.
- 10 En 1964, Donald Horne publicó *The Lucky Country*, una crítica al carácter antiintelectual y pasivo de la Australia blanca. Irónicamente, hoy el término constituye una celebración hagiográfica del legado de cuatro décadas de crecimiento económico ininterrumpido.
- 11 Nos apropiamos del término ne(cr)oliberalismo, acuñado por Paul B. Preciado, como fusión de los términos neoliberalismo y necropolíticas.
- 12 Ver: <https://data.oecd.org/inequality/income-inequality.htm>. Visitado el 8 de julio de 2020.
- 9 See: *ABC News*. "From A Single Lightning Strike to Australia's Largest Bushfire". Accessible at: <https://www.abc.net.au/news/2020-02-19/australia-bushfires-how-heat-and-drought-created-a-tinderbox/11976134?nw=0>
- 10 In 1964, Donald Horne published *The Lucky Country*, a critique of the anti-intellectual and passive character of white Australia. Ironically, today the term constitutes a hagiographic celebration of the legacy of four decades of uninterrupted economic growth.
- 11 We appropriate the term ne(cr)oliberalism, coined by Paul B. Preciado, as a fusion of the terms neoliberalism and necropolitical.
- 12 See: <https://data.oecd.org/inequality/income-inequality.html>. Consulted on July 8, 2020.

## Bibliografía / Bibliography

- ACOSTA, Sara. «¿Qué son las zonas de sacrificio de Chile?». *El Diario*, 5 de diciembre de 2019. Disponible en / *accessible at*: [https://www.eldiario.es/ballenablanca/365\\_dias/zonas-sacrificio-chile-cumbre-clima\\_1\\_1205027.html](https://www.eldiario.es/ballenablanca/365_dias/zonas-sacrificio-chile-cumbre-clima_1_1205027.html).
- ALBECK-RIPKA, Livia; KWA1, Isabella; FULLER, Thomas; TARABAY, Jamie. «It's an Atomic Bomb»: Australia Deploys Military as Fires Spread» *New York Times*, 4 de enero de 2020. Disponible en / *accessible at*: <https://www.nytimes.com/2020/01/04/world/australia/fires-military.html>.
- DWYER, Tim; MULLER, Denis. «Factcheck: Is Australia's Level of Media Ownership Concentration One of The Highest in The World?». *The Conversation*, 8 de noviembre de 2020. Disponible en / *accessible at*: <https://theconversation.com/factcheck-is-australias-level-of-media-ownership-concentration-one-of-the-highest-in-the-world-68437>.
- GARCÉS, Marina. «La revolución de lo posible». *El País*, 26 de diciembre de 2014. Disponible en / *accessible at*: [https://elpais.com/ccaa/2014/12/26/catalunya/1419622717\\_816659.html](https://elpais.com/ccaa/2014/12/26/catalunya/1419622717_816659.html).
- GUZMÁN, Juan Andrés. «La responsabilidad de los "técnicos" de la élite en el 18/O». *CIPER Chile*, 23 de octubre de 2019. Disponible en / *accessible at*: <https://ciperchile.cl/2019/10/23/la-responsabilidad-de-los-tecnicos-de-la-elite-en-el-18-o/>.
- HAN, Byung-Chul. «¿Por qué hoy no es posible la revolución?». *El País*, 3 de octubre de 2014. Disponible en / *accessible at*: [https://elpais.com/elpais/2014/09/22/opinion/1411396771\\_691913.html](https://elpais.com/elpais/2014/09/22/opinion/1411396771_691913.html).
- LORCA, Claudio; PONCE, José Ignacio. «Nacionalización y privatización del cobre. una historia, nuestro presente, nuestro futuro». *Le Monde Diplomatique* (2013). Disponible en / *accessible at*: <https://www.lemondediplomatique.cl/nacionalizacion-y-privatizacion-del-cobre-una-historia-nuestro-presente-nuestro.html>.
- MOSCIATTI, Ezio. «Informe Isaza: un Valparaíso calamitoso y en riesgo como patrimonio de la humanidad». *BioBioChile*, 2 de junio de 2016. Disponible en / *accessible at*: <https://www.biobiochile.cl/noticias/cultura/cultura-entretencion/2016/06/02/informe-isaza-un-valparaiso-calamitoso-y-en-riesgo-como-patrimonio-de-la-humanidad.shtml>.
- PRECIADO, Paul B. «Aprendiendo del virus». *El País*, 28 de marzo de 2020. Disponible en / *accessible at*: [https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952\\_026489.html](https://elpais.com/elpais/2020/03/27/opinion/1585316952_026489.html).
- RODRÍGUEZ, Miguel; SÁNCHEZ, Amaia; VALIENTE, Jorge; VALIENTE, Gonzalo. «Valparaíso post-liberal: 272 postales políticas». *ARQ*, no. 97 (2017): 113-119.
- RODRÍGUEZ, Miguel; SÁNCHEZ, Amaia; VALIENTE, Jorge; VALIENTE, Gonzalo. «Teatro della Terra Alienata. Australian national pavilion at the XXI Milan Triennial». *ARQ*, no. 103 (2019): 40-49.
- RUNDLE, Guy. «The Coup D'état That Unmade Australia» *Crikey*, 11 de noviembre de 2015. Disponible en / *accessible at*: <https://www.crikey.com.au/2015/11/11/rundle-the-coup-detat-that-unmade-australia/>.
- THE CLINIC. «La triste realidad del ascensor social en Chile: seis generaciones para romper la línea de la pobreza». *The Clinic*, 15 de junio de 2018. Disponible en / *accessible at*: <https://www.theclinic.cl/2018/06/15/la-triste-realidad-del-ascensor-social-chile-seis-generaciones-romper-la-linea-la-pobreza/>.
- VERGARA, Camila. «Chile Can Be A Laboratory of Popular Democracy». *Jacobin*, 23 de noviembre de 2019. Disponible en / *accessible at*: <https://www.jacobinmag.com/2019/11/chile-protests-pinochet-constitution-neoliberalism>

## GRANDEZA

<gonzalo.valiente@uts.edu.au>

Compuesto por Amaia Sánchez Velasco (1985), los hermanos Jorge (1984) y Gonzalo Valiente (1982), y el arquitecto-escritor Miguel Rodríguez Casellas (1966), quienes comparten más que un interés en la docencia y un mismo centro de trabajo (UTS de Sídney). Desde distintas perspectivas, todos han experimentado en primera persona las nuevas geografías de violencia neoliberal y la necesidad de repolitizar la manera en que se piensa y ejerce la arquitectura. Lejos de recurrir a los lugares comunes de la reinención y el emprendimiento, o al determinismo tecnológico que acuña la innovación como única ruta hacia la relevancia, el grupo explora las cualidades materiales y discursivas del diseño como herramienta clave de emancipación.

Constituted by Amaia Sánchez Velasco (1985) and brothers Jorge (1984) and Gonzalo Valiente (1982), together with the architect-writer Miguel Rodríguez Casellas (1966), who share much more than an interest in teaching, and a workplace – the UTS of Sydney. Within different perspectives, they have all experienced the new geographies of neoliberal violence and the need to re-politicize the way architecture is thought about and exercised. Far from addressing those commonplaces of reinvention and entrepreneurship, or technological determinism that coined innovation as the only way to relevance, the group explores design's material and discursive as a key tool for emancipation.